



¿QUÉ DEBO HACER PARA SER SALVO?

(Hechos 16:30)

Introducción:

El ser humano ingirió un veneno mortal llamado pecado y todos los hombres fueron contaminados, dice San Pablo: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Cierto cazador, en las altas montañas de los Andes, vio un águila posar sobre una enorme roca. Después de algún tiempo ella levantó vuelo, pero pronto comenzó a perder el equilibrio, fuerza y caer al suelo. El cazador fue tras ella para ver lo que había acontecido. Encontró al águila caída, al examinarla, constató haber sido picada por una serpiente venenosa. Concluyó que, al posar sobre la roca, una serpiente había penetrado en su plumaje y la mordió. El terrible veneno le robó las fuerzas llevándola a la muerte.

Así hace el pecado con el ser humano, le roba las energías espirituales y lo lleva a la muerte eterna. No hay excepción, todos nosotros somos víctimas del mismo mal.

Pero, dirás: ¿Qué es el pecado? El apóstol San Juan responde: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley”(1 S. Juan 3:4). Esa trasgresión nos separa de Dios. Podemos decir que pecado es: andar en contra mano. Pecado es atravesar la señal roja. Pecado es falta de armonía, desafinación. Él causa desastre, muerte espiritual y lleva al hombre a la perdición eterna.

El renombrado evangelista Billy Graham, describió así el pecado: “El hecho más terrible y más devastador del Universo es el pecado. La causa de todos los problemas, la raíz de todos los disgustos, el miedo de todos los hombres se resume en esa palabra – pecado... todos los desórdenes mentales, todas las enfermedades, toda destrucción, todas las guerras tienen su raíz en el pecado, que causa locura en el cerebro y derrama veneno en el corazón... Es un ciclón suelto. Es un furioso

y descontrolado volcán. Es un loco peligroso que ha huido del manicomio. Es un bandido en busca de víctima. Es un león rugiendo en busca de su presa. Es un relámpago que se dirige a la tierra. Es una guillotina cortando cabezas. Es un cáncer mortal que corre en el alma de los hombres" (Paz con Deus, 101 – Billy Graham).

SEPARADOS POR UN ABISMO

Un profundo abismo fue abierto entre el hombre pecador y Dios, por el malvado pecado. En consecuencia, de esa separación, el hombre pecador, no puede ver el rostro santo de Dios, ni escuchar de forma audible su melodiosa voz. El profeta Isaías confirma este pensamiento: "Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Isaías 59:2).

El hombre cayó en el profundo abismo del pecado, de allí no puede salir por sus propias fuerzas y cada vez es peor, porque se atolla más en los vicios, en la corrupción y en la maldad. Se volvió prisionero, en una cadena de paredes que no se puede cruzar, y allí se consume en el sufrimiento, en la angustia, en la desesperación, aguardando apenas la muerte. "Porque la paga del pecado es muerte" (Romanos 6:23).

Algunos tratan de salvarse por sus propias obras. Piensan que la práctica del bien u obras de caridad podrán salvarlos. Pero nuestras obras no pagan pecados. San Pablo dice; "No por obras, para que nadie se gloríe"(Efesios 2:9).

Otros intentan salvarse por medio de penitencias, de promesas por lo que hacen grandes sacrificios. En Portugal existe el santuario de Fátima, allí centenas y miles de personas andan de rodillas grandes distancias. A veces sus rodillas comienzan a sangrar, la sangre mancha el suelo, el dolor se vuelve horrible, pero continúan hasta el fin, para cumplir sus promesas. Esperan con esto alcanzar mérito y recibir el perdón. Con todo, esto no es lo que Dios pide en su Palabra. La salvación no viene por nuestros méritos u obras, aclara el apóstol San Pablo: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Efesios 2:8, 9).

Ninguna obra humana es capaz de perdonar pecados. Si los hombres pudiesen salvarse por sus propias obras, Jesús no necesitaría haber muerto en la cruz. Otros hay que dan grandes donativos, pero todo el dinero del mundo no compra el perdón de un solo pecado. Si el dinero comprase perdón de pecados, sólo los ricos podrían ser salvos.

Algunos piensan que el auto perfeccionamiento, el poder del pensamiento positivo, pueda perfeccionarlos, purificarlos y volverlos dignos de entrar en el cielo. Sin embargo, ninguna práctica o filosofía humana, puede purificar o remover el pecado del corazón. Vea lo que dice el profeta Jeremías: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” (Jeremías 13:23). El profeta también afirma: “Aunque te laves con lejía, y amontones jabón sobre ti, la mancha de tu pecado permanecerá aún delante de mí, dijo Jehová el Señor” (Jeremías 2:22).

El pecado yace en las raíces de nuestra alma, en los deseos de nuestro corazón, está tan impregnado en nuestro ser, así como un veneno ingerido que circula en toda la sangre del organismo.

Viene entonces la pregunta: ¿Cómo puedo libertarme del pecado y salir de su esclavitud?

Analizaremos algunos pasos que nos darán no sólo la libertad, sino nos conducirán por el camino de retorno al Paraíso de Dios.

PASOS PARA LA SALVACIÓN

El apóstol Pablo y Silas, su compañero, fueron a parar en la prisión por predicar el evangelio de Jesucristo. Aunque estuviesen en la prisión, el Espíritu Santo estaba con ellos y les daba ánimo para ser felices en sufrir por Jesús. Eran altas horas de la noche, cuando estaban alabando a Dios, con cantos y oraciones. De pronto, hubo un terremoto y los cimientos de la cárcel temblaron abriéndose las puertas. El carcelero que era responsable por los presos sabía que, si alguno de ellos huiese, tendría que dar cuenta con su propia vida. Viendo las puertas abiertas, quedó tan lleno de pavor, que sacó su espada para matarse. Inmediatamente Pablo, gritó: “No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí” (Hechos 16:28). El carcelero nunca vio tal cosa; la prisión abierta y los presos sin huir. Viendo que aquellos hombres eran de Dios, cayó de rodillas delante de ellos diciéndoles: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30).

Esta es una pregunta que todo ser humano debe hacerse: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”. La respuesta de Pablo fue directa, clara y simple: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (Hechos 16:31).

PRIMER PASO

La fórmula es muy simple. No depende de complicadas fórmulas científicas. No necesita de reglas y dogmas religiosos. No depende de penitencias. No es basada en teorías filosóficas. Simplemente basta creer en Jesús. Él es el medio, es el camino y el único Salvador. Él es el puente de unión con Dios. En resumen: "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12).

¡Cuán fácil es la salvación! Depende apenas de creer en Jesús. Por la cruz, él nos unió a Dios.

Un puente fue colocado sobre el abismo del pecado. Usted ahora puede alcanzar a Dios y retornar al Paraíso. No necesita continuar prisionero en el abismo del pecado. Un camino de retorno fue abierto a través de la cruz. Usted y yo podemos acercarnos a Él y decirle: "Padre nuestro". El cielo se halla a nuestro alcance:

"El nombre de Jesús me da acceso al Padre. Su oído, su corazón, están abiertos a mi súplica más débil, y Él suple mis necesidades más profundas" (Fe y obras, 110).

El primer y gran paso para la salvación es aceptar a Cristo como nuestro Salvador. Después de aceptarlo, daremos el segundo paso.

SEGUNDO PASO – ARREPENTIRSE

Cuando creo en Jesús como mi Salvador, me siento pecador delante de Él. ¿Qué hacer con mis pecados? Debo arrepentirme. Pero, ¿qué es arrepentimiento? Arrepentimiento, primeramente, es reconocer mis pecados, mis errores, mis faltas y transgresiones de la ley de Dios. Eso me lleva a entristecerme por haber pecado. Siento deseos de cambiar mi vida. Eso me conduce a confesar mis faltas, transgresiones y errores. Entonces doy el tercer paso que se llama confesión.

TERCER PASO – CONFESIÓN

La confesión nos alivia. Nos saca un fardo de nuestra conciencia. Hay personas que sanan de determinadas enfermedades cuando confiesan. Encontramos un notable ejemplo de arrepentimiento y confesión en la vida del rey David. Él cometió

un terrible pecado. Después de caer en sí y ver la malignidad de su pecado, hizo una abierta confesión suplicando la misericordia de Dios. Esto está relatado en el Salmo 51. David implora: "Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos..." Todo el capítulo 51, es una súplica de perdón, confiando solamente en la misericordia de Dios.

Y Dios escuchó, atendió la oración de confesión de David y le perdonó su pecado. "Mas el que confiesa y se aparta (abandona el pecado) alcanzará misericordia" (Proverbios 28:13).

A través de la confesión, alcanzamos el perdón de Dios, que "sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados"(Miqueas 7:19). Ahora daremos el cuarto paso en dirección al cielo.

CUARTO PASO – CONVERSIÓN

Conversión es el mayor milagro operado en la vida del pecador. Es el resultado de la obra del Espíritu Santo. Esa transformación milagrosa cambia la dirección de nuestra vida y por consiguiente de nuestro destino. Altera nuestro padrón de comportamiento y cambia nuestra forma de pensar y actuar.

Jesús explicó a Nicodemo lo que es la conversión. Nicodemo quedó al principio sin entender. Le dijo Jesús: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios"(San Juan 3:3-6). Cristo mostró que hay un nacimiento espiritual que transforma a la persona. Para comprender mejor, Jesús ilustró esa transformación espiritual, con la acción del viento, que no lo vemos, pero sentimos sus efectos.

La actuación del Espíritu Santo en el corazón es invisible como el viento, no obstante, sensible y poderosa. Aquel que abre la mente para que el Espíritu Santo penetre, sentirá un cambio interior, una fuerza que lo atrae a Jesús, un deseo de buscar el reino de Dios, placer en estudiar la Biblia y un anhelo de hablar con Dios.

Usted está aquí, ciertamente fue influenciado por el Espíritu Santo para venir a esta reunión. Él nos habla con voz suave, íntima, casi imperceptible, pero sensible.

Conversión es cambio de rumbo. Estábamos yendo en un camino que conduce a la perdición, cuando el Espíritu Santo, nos orientó y mostró el camino cierto, regresamos en dirección opuesta. Eso se llama conversión.

Nuestro rumbo ahora es el cielo. Guiados por el Espíritu Santo e iluminados por la Palabra de Dios la Biblia Sagrada, estamos siguiendo a Jesús en el camino que conduce a la gloria eterna.

QUINTO PASO – JUSTIFICACIÓN

El orden de los pasos, ni siempre obedece al orden numérico, a veces los pasos son simultáneos. Como es el caso de la justificación, que debe haber ocurrido en el momento en que el pecador aceptó a Cristo como su Salvador y confesó a Él todos sus pecados. En aquel momento fue perdonado y justificado.

Cuando alguien con los ojos de la fe contempla la cruz y ve allí a Jesús, el Inocente, muriendo por sus pecados; cree en el sacrificio de Cristo, se siente atraído por ese amor, se entrega a Él y cae postrado a sus pies, rogando su misericordia, su perdón; en aquel momento es perdonado y justificado. La justificación es alcanzada por la fe, en el sacrificio de Cristo, quien pagó nuestra culpa con su propia sangre. Él hizo todo por mí, yo apenas necesito creer y aceptar su perdón, su justicia. Él me perdona de gracia, porque me ama y yo debo corresponder a ese gran amor.

Aquel que es perdonado y justificado, siente que su ser es inundado por una onda de paz. El apóstol San Pablo dijo: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo" (Romanos 5:1).

Una alegría celestial, un gozo interior toma posesión del cristiano justificado. Está libre de la condenación del pecado, fue aliviado de la culpa que lo oprimía. Se siente ahora libre y feliz, gozando la paz del cielo. Esa paz que tanta gente anhela, que sin Cristo nadie lo alcanza.

El cristiano es la criatura más feliz de este mundo, porque está libre de la condenación del pecado, libre de los vicios, siente paz en el corazón y una gran alegría porque alcanzó en Cristo la vida eterna.

Mirando hacia arriba con los ojos fijos en Jesús prosigue hacia el blanco que es la

salvación, siguiendo el camino de la vida.

SEXTO PASO – ANDAR CON JESÚS

Hay gran alegría en andar en el camino del cielo. Alcanzamos el gozo del alma y la felicidad de quien es salvo en Jesús. Con alegría seguimos al Maestro. Su presencia es luz, paz y felicidad.

Seguir a Jesús significa andar por el camino que Él anduvo, siguiendo sus pisadas, haciendo su voluntad, guardando sus mandamientos. Él nos guiará por un alto y sublime camino que nos llevará a un descanso de gloria.

Con Jesús a nuestro lado, cuando tropezamos, Él nos ampara; cuando caemos, él nos levanta. El camino es ascendente, hay tropiezos y peligros, pero su fuerte brazo nos protege.

SÉPTIMO PASO – GLORIFICACIÓN

Este es la etapa final. Es la llegada al puerto celestial. Es el momento de la victoria. Esta etapa sólo la alcanzaremos en ocasión del regreso glorioso de Cristo a la tierra, que vendrá para buscar a sus redimidos. Estudiaremos más detalles de este asunto en una próxima disertación.

Conclusión

Todos queremos ir al cielo. Si en el mundo hubiese algún lugar con una escalera que alcanzase el cielo, todos querríamos subir por ella. Esa escalera existe, pero no es física, sino espiritual y usted puede subir por ella. Ella contiene muchas gradas, pero nosotros seleccionamos apenas siete, por ser las más destacadas.

Observe y vea en que grada se encuentra. Ciertamente desea estar un día en el cielo con Jesús. Para esto, el primer paso es aceptar a Cristo como su Salvador. Él te invita hoy a dar ese primer paso. Si así lo desea, entregue su corazón a Jesús y Él lo aceptará tal como está. Al aceptar a Cristo, usted está aceptando el cielo.

Oremos: Querido Dios, queremos entregar nuestro imperfecto corazón a ti. Pedimos que lo transformes en un corazón de amor. Queremos amarte y vivir cada día más

cerca de ti. Danos fuerza para subir las gradas de la escalera que conduce a tu reino. Que tu Santo Espíritu ilumine nuestro camino. Lo pedimos en el nombre del Señor Jesús. ¡Amén!